

Żanna Słoniowska  
Una vidriera  
en Leópolis

Traducción de Marta Rebón

**Alianza** editorial

Título original: *Down z witrazem*

Publicado por acuerdo con Agentur Nina Sillem y Casanovas & Lynch Literary Agency.



This publication has been supported by the ©POLAND Translation Program.

Diseño de colección: Estrada Design

Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Fotografía: © Hannah Assouline/Opale/Bridgeman Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



© Żanna Słoniowska, 2015  
© de la traducción: Marta Rebón, 2022  
© Alianza Editorial, S.A. Madrid, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-029-1

Depósito legal: M. 19.285-2022

Printed in Spain

## Nota preliminar

Como traducción del topónimo de la ciudad donde discurre esta novela, la actual ciudad ucraniana de Lviv, hemos usado en todos los casos, aunque se refiera a diferentes momentos históricos, la grafía Leópolis, que deriva del nombre original en latín [Leopolis, ‘la ciudad de los leones’].

Fundada en el siglo XIII como capital de Galitzia, ha sido una ciudad rutena, austriaca, soviética, alemana, polaca o ucraniana. Sede de una importante comunidad judía, fue uno de los centros culturales del yidis hasta la Segunda Guerra Mundial, cuando esa comunidad fue aniquilada, en su gran mayoría, en los campos de concentración nazis. Dependiendo de en manos de quien estuviera, ha llevado el nombre de Lemberg (alemán), Lemberik (yidis), Lwów (polaco), Lvov (ruso) o Lviv (ucraniano).



—Usted supone —le replicó Stephen con una especie de media risa— que yo soy importante porque pertenezco al *faubourg* Saint-Patrice, también llamado Irlanda para abreviar.

—Yo iría aún más lejos... —insinuó el señor Bloom.

—Pero supongo —le interrumpió Stephen— que Irlanda debe de ser importante porque me pertenece a mí.

JAMES JOYCE, *Ulises*



## Una ciudad vendada

«... porque vi con mis ojos el Leópolis de antes de la guerra»: con estas palabras terminaba un correo de apoyo que recibí de un conocido de Alemania (una vez organizó para mí una presentación literaria muy agradable). Me quedé estupefacta: no era ni mucho menos un anciano, ¿cómo podía haber visto el Leópolis de antes de la guerra? Tuve que pensarlo un buen rato para entenderlo. Después del pasado 24 de febrero, palabras y expresiones conocidas empezaron a cambiar de significado. La guerra llegó a Leópolis: hubo ataques aéreos contra la ciudad, en el bombardeo de una base militar cercana murieron treinta y cinco personas. Una vez estuve allí con un equipo de televisión para filmar el esqueleto, excepcionalmente pintoresco, de una antigua iglesia ortodoxa; en la época soviética los soldados la utilizaban como blanco en sus prácticas de tiro. En la Ucrania libre ya no se disparaba contra las iglesias; el esqueleto acribillado servía de recuerdo, de testigo de tiempos pretéritos y sus costumbres.

La historia vuelve a irrumpir en *Una vidriera en Leópolis* como si nunca le hubiera puesto punto final.

En marzo de 2022 mi Leópolis se convirtió en una ciudad en guerra: se establecieron puntos de control en las fronteras, se impusieron restricciones y el toque de queda y flotaba una sensación de inquietud en el aire: el enemigo podía atacar en cualquier momento.

Todos los días suenan las campanas en las iglesias de diferentes confesiones y sus vidrieras se cubren con láminas de metal: ahora los interiores se ven privados de luz natural incluso de día.

Las cuatro estatuas de dioses antiguos que había en las esquinas de la plaza del Mercado se han convertido en momias egipcias porque las han envuelto en telas incombustibles, papel de aluminio y no sé qué más. También hacen pensar en un circo y en un zoológico porque se ha construido una enorme jaula de metal alrededor de cada una. El precioso crucifijo gótico de la catedral armenia se ha llevado a un destino desconocido donde permanece oculto.

A raíz de la bárbara invasión de Ucrania por parte de Rusia, cada vez son más las personas que abandonan el ruso, su lengua natal, para hablar en ucraniano, tal como hizo la protagonista de mi libro, Marianna, a finales de la década de 1980. El cliché de su tío Alekséi sobre el «cielo pacífico» se ha convertido ahora en un grito desesperado que pide a Occidente «el cierre del espacio aéreo» sobre el valeroso país defensor. Me imagino a otro personaje de mi novela, Mikołaj, andando por una soleada Leópolis en tiempos de guerra. Pasa por delante de la catedral latina, donde un funcionario del ayuntamiento, inflexible, supervisa la protección de las estatuas de los apóstoles. Junto a las estatuas hay sacos de



arena en el suelo, que se supone que las protegerán de la onda expansiva en caso de producirse una explosión.

—¿Puedo echar una mano? —pregunta Mikołaj.

—Va usted demasiado elegante —responde el funcionario.

Entretanto, los trabajadores ponen otra capa protectora, esta vez blanca, a las esculturas ya vendadas.

—¿Para qué sirve eso? —pregunta Mikołaj.

—Escriben los polacos... La estética... —dice la mujer, buscando en su móvil. Resulta que las esculturas alrededor de la catedral fueron restauradas hace poco por especialistas polacos.

Como heridas, las esculturas de Leópolis están vendadas.

En los últimos días, a la «protagonista» de mi libro, una vidriera de estilo Secesión situada en el hueco de la escalera de uno de sus edificios, también la han protegido de las explosiones; me gustaría creer que ha sido así gracias a la literatura. Sobre todo porque, al contrario que en mi texto, no se desmoronó, sino que fue reparada por los restauradores.

—¿Sigues yendo a tomar café a Leópolis? —le pregunto a Mikołaj.

—Sí, todos los días, de lo contrario no podría soportarlo. Solo hay que llegar antes de las cinco, porque después cierran.

Primero la pandemia y luego la guerra hicieron que el tiempo se reblandeciera, y en algunos lugares se agrietó y se estropeó: el reloj en el Rijksmuseum de Ámsterdam en el que alguien dibuja y borra las agujas sigue sirviendo para describir este fenómeno.

Recientemente, los cadáveres de muchos habitantes de una hermosa ciudad cerca de Kiev, donde algunas de mis ami-

gas de Leópolis habían construido sus casas, fueron descubiertos en fosas comunes y la propia ciudad, Bucha, fue arrasada.

¿Y si destruyen también Leópolis? Con solo pensarlo, el suelo se hunde bajo mis pies. De repente empiezo a entender mucho mejor a los varsovitas que vivieron la guerra.

Me reconforta la historia de Seamus Heaney. Cuando nació, su tía plantó cerca de su casa un árbol que creció junto con él. Estaba muy unido a ese árbol, hasta que un día se vendió la casa y los nuevos inquilinos lo cortaron. En lugar de sentirse triste, se puso a pensar en el espacio radiante al que creía que había ido el árbol muerto. Se identificó con él como antes se había identificado con el árbol vivo. Escribió que ese espacio era un cielo sin lugar (*placeless heaven*) y no un lugar celestial (*heavenly place*).

En los últimos días, no solo las palabras están cambiando de significado, sino también los símbolos. Antes de la invasión, el edificio de la curia de Leópolis, el mismo desde el que en 1918 el arzobispo polaco Bilczewski envió cartas al arzobispo ucraniano Szeptycki durante las batallas polaco-ucranianas por Leópolis, estaba engalanado con una bandera azul y amarilla. No creo que esto hubiera llegado a ocurrir si la historia hubiera sido más pacífica.

Esta bandera, vergonzante y rústica para la joven protagonista de *Una vidriera en Leópolis*, ha comenzado a percibirse de una nueva manera por muchas personas en el mundo. Sus colores, antes asociados a la opresión y a la periferia, se están transformando ante nuestros ojos en los colores de la libertad, así como de los valores sobre los que se construyó la Europa unida. Son los colores de David, que se enfrenta con valentía al gigante Goliat, esta vez armado, y ya no solo en la poesía y las canciones.

La historia vuelve a colarse en *Una vidriera en Leópolis* como si lo que se describiera en esta novela no fuera sino una semilla. La flor la veremos en el futuro.

Żanna Słoniowska

Cracovia, 13 de marzo de 2022



La palabra *mamá* para mí no es una imagen, sino un sonido. Comienza en el vientre, recorre los pulmones y la laringe hasta la tráquea y se queda atascada en la garganta. «No tienes ningún talento para la música», solía decirme; por eso nunca canto. Aun así, la voz que nace en mis entrañas es la suya, una *mezzosoprano*. Mientras estaba en su vientre, a decir verdad, me parecía que esa era mi voz, pero cuando salí de allí resultó que era solo suya. Nuestra separación musical duró once años, hasta su muerte. Luego durante mucho tiempo no hubo nada, ni sonidos ni colores, solo un agujero en el omóplato. Y, cuando por fin crecí, descubrí que era ella ahora la que estaba en mi vientre, que era ella ahora la que no veía. Volvía a ser solo una voz, una maravillosa *mezzosoprano*. Y en vano me planto frente al espejo, abro la boca y trato de sacarla de mí.



## La muerte

El día en que murió, su voz retumbó ensordecedora y ahogó muchos otros sonidos estridentes. Pero la muerte, su muerte, no era un sonido, sino un color. Trajeron su cadáver a casa envuelto en una enorme bandera azul y amarilla, la bandera de un país que aún no existía en ningún mapa del mundo. Estaba envuelta con ella firmemente, como una momia egipcia, y en un trozo de la bandera destacaba una oscura mancha de sangre. Mientras observaba esa mancha, tuve la sensación de que se había cometido algún error. En la escuela nos habían explicado que todas las banderas eran rojas porque estaban empapadas de sangre heroica. Nos contaron la historia de un obrero oprimido que salió a la calle con una bandera blanca a luchar por sus derechos, pero, cuando sonaron los disparos de los gendarmes, la sangre tiñó la tela de rojo. Desde entonces nada fue igual; ahora sabía que el rojo traía más a menudo terror que liberación. Aun así, mientras me inclinaba sobre el cuerpo de mi madre, no pude evitar pensar que el rojo le habría sentado mejor.

Una bandera roja era solemne y trágica, mientras que la azul y amarilla era simplona, de mal gusto. Se parecía a un caluroso día de verano, a unas vacaciones campestres. Mamá solía decir que el azul representaba el cielo y el amarillo las espigas maduras. Hay momentos en la vida en los que a uno se le ocurren cosas extrañas, a veces muy inoportunas. Si mamá hubiera sabido lo que estaba pensando en ese instante, se habría horrorizado. No fue hasta un momento después, cuando los hombres que la trajeron a casa desplegaron la bandera para mostrarnos la herida abierta en la zona del omóplato, cuando dejé de concentrarme en los colores y empecé a pensar en la piel.

Mamá solía desvestirse frente al espejo alto sin que le diera vergüenza mi presencia y luego se quedaba un rato desnuda, mirándose y a veces cantando. En esos momentos me sentaba a su lado y con la mirada le acariciaba la piel blanca y pecosa, sus pechos pequeños y firmes, así como sus piernas largas, cubiertas de pelitos rojos. Era mi Reina de las Nieves particular, además de todas las Venus desnudas y las mado-nas vestidas de los libros de arte en las estanterías. Al ver su cuerpo, se entendía qué era un alma, y habría sido perfecta de no ser por un pequeño fallo. En la espalda, cerca del omóplato izquierdo, se ocultaba un hueco blanco y satinado del tamaño de una hoja de arce: era el único trozo de su piel libre de pecas y parecía un parche mal cosido. Entendía que era un defecto, pero a mí era lo que más me gustaba. A menudo le preguntaba a mamá por qué tenía eso. «Es la marca de una bala enemiga», contestaba y se reía. Cuando era muy pequeña, me tomaba esa respuesta en serio y me imaginaba a los enemigos de nuestro régimen persiguiéndola en una noche oscura, acosándola con perros; veía a mamá escondiéndose



en una cabina telefónica, el proyectil atravesando el cristal, rompiéndose en miles de esquirlas afiladas y brillantes bajo cuyo granizo su cuerpo se desplomaba inerte. Pero la verdad era otra: a mamá, de niña, le había salido una cadena de lunares en la espalda (algo parecido a la mancha de nacimiento que tenía Gorbachov en la frente) y los médicos decidieron quitársela. Fue así como apareció el hoyuelo satinado.

Así que, cuando trajeron a casa su cuerpo envuelto en la bandera ucraniana y lo descubrieron ante nuestros ojos, mi atención se centró en ese fragmento concreto de piel. Una bala de verdad le había penetrado en el omóplato derecho, el pecoso, y me di cuenta de que había contribuido a crear cierta simetría: una cavidad de satén a la izquierda, el agujero abierto a la derecha. Sin duda, este pensamiento, como el de la bandera, no se adecuaba a la situación. Por eso me quedé tensa e inmóvil en la habitación, donde a pesar del sol radiante todas las lámparas estaban encendidas, y traté de alejar todas esas asociaciones insólitas. Esto hizo que apareciera una zona en blanco en mi cabeza, similar al hueco sin pecas de su piel, excepto que yo no sabía si la tenía en el hemisferio derecho o izquierdo de mi cerebro. Era julio de 1988 y mi madre había muerto en una lucha desigual contra el régimen totalitario soviético.

El día de su funeral daba la impresión de que los sonidos de la orquesta militar iban a destrozarse las fachadas de nuestra calle, decoradas como pasteles de crema. Con las primeras notas se abrieron muchas ventanas, en las que aparecieron caras de personas que esperaban un terremoto o una calamidad por el estilo.

«Para mí, un día de fiesta es el sonido de una banda de música», decía siempre mamá mientras nos abríamos paso

entre los cordones policiales del centro para llegar a nuestro lugar en el podio, ya fuera el Primero de Mayo o el 7 de noviembre.

Esos desfiles eran las únicas concentraciones de masas que no me hacían entrar en pánico. Por todas partes había globos y banderas, pero sobre todo reinaba un orden inquebrantable establecido de antemano. Nada que ver con la multitud de hoy. Si se hubiera desatado un diluvio como el de la Biblia, se habría visto muy parecido. Y tampoco habría ningún lugar adonde huir. Estaba de pie junto a una ventana cerrada del primer piso y la marea humana no dejaba de crecer mientras sobre ella flotaba el ataúd abierto con mamá en su interior.

Enfrente de nuestra casa había una comisaría y varios policías se agolpaban en el balcón semicircular, justo a la altura de mi ventana. «¿Qué pasará si uno de ellos levanta ahora su arma y apunta contra mí?», pensé. ¡Fantasías absurdas! Habría muerto sin dudarlo en lugar de mamá, pero sabía muy bien que en el juicio final se darían docenas como yo por una como ella. Ella era grandiosa. Quería morir. Y lo había conseguido.

Entre suspiros y murmullos, avanzaba un río de cabezas desconocidas. Cada uno de sus movimientos me producía un espasmo de terror. Tenía poder suficiente para engullirme. Entre la multitud había mujeres de mediana edad con aspecto de embarazadas, envueltas en chales grises y abrigos largos hasta la pantorrilla. Sabía lo que escondían debajo de la ropa. También había hombres, vestidos de negro, con lo que parecían cañas de pescar asomando por debajo de sus axilas. Intuí lo que significaba aquello. Al mismo tiempo, no tenía ni idea de quiénes eran o de qué podían tener en común con

mamá. Con su voz de mezzosoprano y su colección de discos de todas las óperas del mundo, con su piel clara y su costumbre de leer mientras comía, con sus largas uñas en forma de almendra. No los había invitado a casa, no iban a sus conciertos. No la saludaban por la calle ni tomaban café juntos en el Ormiańska. No habían trabajado con ella ni le habían llevado textos mecanografiados que debían leerse por la noche. Pero ahora estaban allí y se lamentaban como si mamá fuera una rama cortada de su árbol. Ayer una desconocida llamó a nuestro timbre para preguntarnos a qué hora iba a empezar la despedida de «nuestra Marianna».

¿Fueron ellos los culpables de su muerte?

Me negué en redondo a asistir al funeral. Me quedé junto a la ventana hasta que el último joven con su caña de pescar desapareció tras la esquina de un edificio, con aspecto de transatlántico, hasta que el sonido de las trompetas se desvaneció en el aire. Varios paquetes de cigarrillos Orbita pisoteados quedaron en la acera. Entonces me aparté de la ventana y me fui a tocar el piano; nadie (excepto yo) llamaría a esa cacofonía tocar. Bueno, yo y la bisabuela. Pasamos ese día en su habitación sin decirnos ni una palabra. Entre ejercicio y ejercicio, la oía rascar la pared con sus dedos amarillos y manicurados y también oía el árbol que crecía en nuestro patio.

Aba —la abuela— volvió a casa por la noche con unos socavones de color cereza oscuro alrededor de los ojos. En ellos descubrí su decisión recién tomada de dedicarme toda su vida a partir de ese instante. Esto es lo que me contó del funeral:

—La ola de gente que portaba el ataúd con tu madre al cementerio de Lychakiv crecía a ojos vistas. Cuando la cabeza ya había llegado a la mitad de la calle Pekarska y los estu-

diantes de Medicina de todos los edificios universitarios, a su vez, empezaron a unirse a la procesión, la cola aún serpenteaba en algún lugar de las inmediaciones de la plaza Halytska. Se rumoreó que los cordones policiales ya esperaban cerca del cementerio, pero ¿podría haber tenido eso algún efecto en el movimiento del tsunami? Más o menos a la altura del Museo de Anatomía, donde, desde hacía muchos años, las manos del verdugo de la ciudad, impasibles al cambio de régimen, dormitaban en un frasco de formol, la orquesta dejó de tocar a Chopin. Tampoco se oyeron las habituales marchas soviéticas. Resultó que los trompetistas tocaron la canción prohibida *Chervona kalyna*<sup>1</sup>.

*Levantaremos el sauquillo rojo con todo nuestro júbilo,  
¡regocíjate, nuestra gloriosa Ucrania!*

Poco a poco, un dramático y furioso canto *in crescendo* se sumó a los metales. Las mujeres sacaron iconos de debajo de sus abrigo y asomaron las efigies de san Jorge y de san Nicolás, así como del arcángel san Miguel, descoloridos por los años pasados en sótanos y desvanes.

—¡Deshonra para los verdugos de Marianna! —gritó alguien.

—¡Deshonra! —gritaron miles de gargantas.

—¿Vengaremos a Marianna?

—¡Juramos que así se hará!

Como para confirmar estas palabras, los hombres de las cañas empezaron a agitarlas con cautela y al mismo tiempo

1. *El sauquillo rojo*: canción con una historia centenaria de lucha por la independencia de Ucrania. Himno de los fusileros de Sich, que combatieron por el Estado ucraniano entre 1917 y 1919. (*N. de la T.*)

desplegaron las prohibidas banderas azules y amarillas sujetas a ellas. El cortejo fúnebre siguió avanzando y se acercó inexorable a los tres arcos de la entrada principal del cementerio. En la calle Mechnykova, perpendicular a la calle Pekarska, se había detenido ya el tráfico de tranvías y un cordón de agentes de policía, protegidos por varios vehículos blindados, estaba desplegado por todo el perímetro del muro del cementerio. A pesar de ello, la marcha siguió adelante.

En el instante en el que quienes llevaban el ataúd llegaron a la altura de las vías, el director de la orquesta, un hombre bajo y calvo, levantó enérgicamente sus grandes palmas. Se interpretó como una señal que todos entendieron y la gente se puso a cantar otro himno prohibido: *Sche ne vmerla Ukrayina*, «Ucrania aún no ha muerto».

Era como si los policías hubieran estado esperando también ese momento. De pronto empezaron a arrancar los iconos de las manos de las mujeres y las banderas que sostenían los hombres. Esto, a su vez, puso en marcha a los hombres con chaquetas de cuero negro, con grandes pastores alemanes sujetos con correa. Se abalanzaron sobre la gente, que corrió hacia los callejones laterales mientras escondían las coloridas telas debajo del abrigo y tiraban las cañas en plena carrera. A los detenidos los metieron a empujones en furgones.

Aba recordó a un chico con una bandera que, buscando un lugar donde esconderse, se lanzó hacia una cabina telefónica, pero, como ya estaba ocupada, tuvo que subirse al techo. Se sintió mucho más seguro allí, así que puso el asta de la bandera entre sus piernas y empezó a sacarles el dedo con júbilo a los oficiales. Un hombre de negro dio una breve orden y en pocos segundos el perro ya estaba encaramado en-